



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XLII

Zaragoza, 7 de junio de 1940

N.º 942

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.º dcha.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1.

Almacenes del Portillo

SALUDO A FRANCO ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

Y lo ha vencido y destruido su enemigo: las derechas, el Ejército de Dios y de la Patria.

Ya hace más de un año.

Bien claro y bien patente está.

Lo primero era reparar los estragos de la guerra, y antes que nada sobre las ruinas aún humeantes, ante el asombro emocionado de los buenos y el pánico de los malos, reponer la Santa Cruz y celebrar la Misa, entre lágrimas de alegría conmovedora.

¡Otra vez veían a Jesús en medio de ellos! su consuelo y su seguridad.

Otra vez veían al sacerdote y acudían gozosos a confesarse, a comulgar, a bautizar sus hijos—que serían cristianos—, a reanudar la vida antigua y cristiana de la España querida de siempre.

¡Qué horrible y abominable el desastre pasado!

¡Vida de demonio!

Ahora se sentía la alegría de la vida recuperada, como el preso que sale del tormento a la luz y a la libertad; como el moribundo que vuelve al placer de la salud.

Y sentíamos una estima nunca experimentada de Dios, del sacerdote, de la Patria..., del orden..., de la sociedad... Nos sentíamos más hermanos; comprendíamos que nos amábamos más, o quizás... comenzábamos a amarnos.

El Estado se organizaba intensamente y hacía surgir del caos una maravilla de orden y armonía vivificado todo por el espíritu cristiano que inspiraba sus leyes.

Vivimos en un país cristiano.

El Jefe del Estado, el Caudillo cristiano que ha tremolado el estandarte siempre glorioso de los Reyes Católicos. Las leyes de la enseñanza como jamás se ha legislado en España. Las de asistencia al débil, al niño, al inválido, a la mujer, al combatiente, al mutilado...

La Asistencia Social...

La desaparición de esa lepra—la blasfemia—, vergüenza de todos los gobiernos precedentes, y aun de todos los cristianos que la han soportado.

La Misa del día festivo...

El homenaje solemne y continuo a Dios de nuestras Autoridades.

El pueblo en río continuo que pasa por el Pilar agradecido a la Madre y pidiéndole su protección.

No cabe duda. Estamos en un país cristiano, en nuestra España de siempre.

Emblemas, colgaduras, cánticos, himnos, manifestaciones, actitudes... Todo un mundo exterior cristiano. Se respira el espíritu religioso... Es un ambiente que nos rodea por todas partes, que nos penetra y conforta.

AMBIENTE CRISTIANO

La espada victoriosa del Caudillo ha vencido y ha aniquilado al enemigo. Lo ha aniquilado decimos y es cierto; ya no existe el enemigo. No existe el otro frente; no hay trincheras, ni posiciones que tomar; no hay aviación que bombardee nuestras ciudades... No hay ni un palmo de tierra que no esté en nuestro poder... El enemigo ya no existe.

Un ejemplar, 2 ptas. al año; cinco ejemplares, 5 ptas.

Ayuntamiento de Madrid

¡Que nada desdiga de esta hermosura!

Todo lo cristiano es lo nuestro, lo que ha vencido, es el nuevo Estado y la nueva España.

Todo lo que no es cristiano es lo enemigo, es volver a traer el germen de la discordia, del crimen y de la traición.

¿Qué diríamos si en medio de esta belleza de restauración, viéramos a un insensato levantar el puño y gritar ¡viva Rusia!

¿Qué diríamos si viéramos que alguno se adornaba con la hoz y el martillo?

¿Qué hemos de pensar de los que —aunque no, hagan tal—obren como los rojos, tengan su lenguaje o sus costumbres paganas e inmundas? Las costumbres cristianas son siempre puras, en el vestir, hablar, divertirse... La deshonestidad es peste del cristianismo.

Los vestidos indecentes, las diversiones indecentes, las conversaciones, lecturas y costumbres impuras son la

perdición de las almas y la deshonra de nuestra sociedad.

Contra la frivolidad insensata es preciso la austeridad y modestia cristianas.

Signo del paganismo, la inmoralidad.

Signo del cristianismo, la pureza.

El que sea de Cristo que imite a Cristo.

El que no le imite que sepa que no es de Cristo.

Felipe CLEMENTE

CORAZÓN DE PADRE

¡Dime, Jesús mío!

¿Por qué eres así?

¿Es que sin los hombres no puedes vivir?

¿No te basta el Cielo?

¿No estás en tu Casa?

¿No estás con tu Padre y tu Madre amada?

Tú eres Rey del Mundo;
y tienes tu Corte
y todos los ángeles
adoran tu Nombre.

Viejos patriarcas,
todos los apóstoles;
los mártires todos,
todo lo más noble

que ha habido en la tierra;
hombres y mujeres,
ancianos y niños
plebeyos y reyes.

y todos te adoran
y todos te aman
y pasan felices
la vida en tu Casa.

¿Y aún miras al hombre?

¿No ves que ha pecado,
y es él quien te ha puesto
en la Cruz clavado?

¿Por qué no lo dejas?
¿Es un miserable!
no se enmienda nunca;
todo será en balde.

Pero ya está claro;
formaste su cuerpo,
creaste su alma,
preparaste el Cielo,

te hiciste su Padre
y es tu Corazón
quien se hace pagar
como Fiador.

Le has dado la vida;
pagas con tu Sangre;
y, como Alimento,
remedias su hambre.

Le guardas tu Cielo;
le envías tu gracia...
¿Puedes hacer más
Bondad increada?

MARIANO

Al Corazón de Jesús

Tomad, Señor, mi pobre inteligencia,
Administrad, Señor, mi libertad,
Porque es mi decidida voluntad
Nada hacer ni pensar sin tu licencia.
A todo quiero estar a tu obediencia
Con cadena filial, y a tu bondad
Con la triple de fuerte caridad
Que me atraiga de Ti la gran clemencia.
Tú me has dado, Señor, cuanto poseo,
Volverte con usura es mi deseo,
Dame, dame tu paz y estoy contento.
No puede ser más justa la razón;
¡Qué alegría será cualquier tormento
Si mi almohada es, Jesús, tu Corazón.

J. A.

—Ya veo que es V. persona educada por el modo de expresarse.

—¿Pues qué le paecía a usted?

—Yo ya me lo figuraba porque estando tantos años en este Tribunal...

—Pues a mí me dá mala espina esa manera de hablar de usted.

—No señor, es que ha debido ser otro, porque ya comprendo que en usted no cabe una grosería semejante...

—¿Quía icho usted?

—Que venía muy quejoso con el trato que le han dado aquí a mi hija; y francamente, como padre, estoy muy ofendido, porque mi hija es una señorita muy educada y muy fina y muy religiosa.

—No señor; a usted l'han engañau; aquí no se maltrata a denguna persona cristiana y decente.

—Ya lo comprendo yo así, y crea V. que se me quita un gran peso de encima; no podía comprender que en esta casa maltratasen a mi hija. ¡El disgusto que tiene la pobrecilla! Tan buena como es. No sé lo que ha podido ocurrir, porque ella es incapaz de faltar a nadie; y por otra parte comprendo que aquí...

—Aquí no hay más que yo y el señor Mago, con que échese usted cuenta...

—No me lo explico; ella ha venido llorando y me ha asegurado que le han llenado de insultos soeces... No entiendo... y que ha tenido que esca-



TRIBUNAL BARATO

Un hombre: —¿Es usted el señor Macario?

Macario: —Sí señor, pa lo que quía usted mandar.

¡Atención, suscriptores! La Administración de El Eco de la Cruz

Ayuntamiento de Madrid

par porque un hombre como un energúmeno la ha perseguido con un garrote...

—¿A su hija?

—¡Sí señor, a mi pobrecita hija, que es una sensitiva... figúrese usted cómo estará!...

—Pero no ha dicho usted quera una señorita...?

—Sí señor; y muy señorita, completamente a la moda y elegantísima...

—Aquí ha venido hace poco una pero no es la que usted dice.

—Pero...

—La qui ha venido y la que s'ha escapau, gracias a las güenas garras que tenía, es una que no se paice ni pol forro a su hija.

—¿La conoce usted?

—Po lo que usted dice. ¿No ice usted que una señorita? Pues ya no es, questa era una cochina, una sinvergüenza.

—Pero...

—Na más vela me s'ha regüelto to la sangre. ¡Venir aquí—a este Tribunal—de esa conformidad!... Si no se capta pronto l'hago piazos...

—¡Esto no se puede tolerar!...

—¡Macario! ¡Macario! ¿Qué pasa? ¿Qué alborotos son esos?

—¡Señor!...

—¡Señor Mago!—con su permiso, Vd. me perdone que entre tan descompuesto. Me parece mentira que en su casa pasen estas cosas. Tengo un disgusto enorme.

—Sosiéguese usted y cálmese; siéntese...

—Miusté, señor...

—¡Cállate! que hable el señor.

—Muchas gracias, señor Mago, pero no puedo ahora... Este hombre es un salvaje...

—Miusté, señor Mago, este hombre...

—Tráale con respeto...

—Güeno; este señor dice qui maltratau a su hija y no hi hecho ni aun tocala, porque l'hi tirau el garrote y no lai pescau.

—¿Y cómo has hecho una cosa semejante? ¡Eres una bestia! Me estás dando muchos disgustos con tu brutalidad. ¿Dónde va a parar!

—Ya me figuraba yo, señor Mago, que sería una cosa así.

—¡Macario; ¡Le has faltado gravemente a este señor y a su hija!

—¡Señor!...

—¿Qué has hecho?

—Miusté, yo no mí podido contener, que me s'han regüelto las tripas en cuanto que la hi visto.

—¿Qué ha pasado, pues?

—Quíá venido sin medias y to las garras al aire hasta la rodilla, que paicia un avestruz; no paicia presoña; y sin mangas; con tol pecho y la espalda sin ropa; y la poquica que llevaba llena daujeros, como los que van a pescar; y to la ropa preta, comuna morcilla, que paicia que siba a reventar; y la cara como los payasos, paicia carnaval... madau una rabia que no mé podido contener. Por-

que eso no pué ser güeno... esa es roja, como los morros que lleva... Que tanto pedricar el Papa, y los Obispos y usted y no les hacen gota e caso; y es que son gente mala...

—Hijo mío; me das pena de ver esos arranques brutales que tienes; pero realmente estas desdichadas gentes no merecen otro trato... Tienes mucha razón. Es cierto que el Papa no quiere esa degeneración y no admite en su presencia a ninguna mujer que no vaya decentemente vestida y totalmente cubier'a; es cierto que los señores Obispos repiten sin cesar sus amonestaciones paternales y severas y que los párrocos ponen en las puertas de las iglesias advertencias terminantes; que la prensa clama contra la inmodestia del vestido; y que en este Tribunal se condena esa degradación cristiana... y todo es inútil. La mujer es más piadosa que el hombre; es más pura y más delicada, y sin embargo se ha dejado arrollar por esta indecencia de la moda, y no le importa parecer lo que no es y contribuir a la degeneración de las costumbres. Y no sólo es en la gente alejada de la piedad...; por desdicha nuestra se contagian hasta las personas formales y piadosas. El recato es un signo exterior de la pureza, que trajo Jesús y ha llenado la Iglesia y el ambiente de ese perfume celestial. Los cristianos han tenido siempre en más estima su religión que la propia vida; esa estima de la vida pura de la vida cristiana, carácter inequívoco, sobre todo, de la mujer cristiana que no se puede perder por pretexto alguno; ni por razón ninguna. Hemos conseguido—¡a costa de cuánta sangre!—la victoria, que ha sido la victoria del Cristianismo con su Culto, su Eucaristía, sus costumbres, su vida entera grande y hermosa. Estamos orgullosos del Caudillo y de todo lo que representa nuestra gloriosa bandera, y hacemos con alegría ostentación de adhesión a nuestra Causa y no queremos que se pueda creer que en nosotros hay nada del enemigo; nada de sus principios perversos, nada de sus costumbres infames...

—¡Señor Mago, por Dios!

—Hemos ganado en la guerra; ganamos en la legislación; no hemos de perder en las costumbres, como ocurrió en la guerra de la Independencia. Hay madres necias; hay padres insensatos; uno de esos es usted.

—¿Y qué quiere usted que haga?

—Cumplir como cristiano y como padre, no permitiendo en su casa ninguna cosa que desdiga de su elevada condición de cristianos. Más aún, deben tener en la mayor estima todo lo que sea cristiano y huir con asco—¡qué vergüenza, a lo que se ha llegado!—huir con asco de toda exhibición deshonestas. Ni con pretexto de modas, ni de baño, ni playas, ni deportes... se puede pecar. El cris-

tiano lleva a todas partes esa distinción espiritual, al baño, al deporte, al taller, a la guerra... y todo lo impregna de ese espíritu sobrenatural. Estamos ya en la estación veraniega. Es preciso evitar esas insensatas claudicaciones, mezclándose con las personas mundanas y pecadoras y contagiándose del mal. Tenemos que ser—como dijo Jesús—como la levadura, que mezclados en el mundo logremos transformarlo penetrándolo todo del espíritu de Cristo.

—Comprendo, señor Mago, comprendo. Pero si viera usted lo difícil que es nuestro papel!...

—Cierto, sobre todo, cuando los padres son los que contemplan embobados a sus hijas. La Iglesia logró transformar la sociedad de tal modo que como dice el Papa, no ha habido ni puede haber cosa más perfecta. Se consiguió a puro de millones de mártires, que se dejaban despedazar antes que pecar; se consiguió con millones de santos, apóstoles, predicadores, sabios... penitentes todos, a costa de una inmolación continua de su vida. No es posible que esa conquista de costumbres honestas se malbarate por la frivolidad de estas mujeres que debieran ser—ahora mejor que nunca—expresión del dolor, de la penitencia, de la austeridad que aseguraría esta sociedad nueva nacida de la guerra. En otras épocas calamitosas de la historia Dios suscitó a hombres grandes—como San Francisco y Santo Domingo—que con las órdenes terceras, introdujeron en el mundo el espíritu religioso y de penitencia; quizás en este tiempo suscite también un instrumento adecuado—la Acción Católica, tan querida del Papa—que difunda en la sociedad actual el espíritu de Cristo.

¡Macario! hijo mío, modérate, pero no dejes entrar en esta casa a ninguna mujer que no vaya decentemente vestida!

EL MAGO.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERA, PUES, MAS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Para las Parroquias, Círculos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es EL ECO DE LA CRUZ un periódico de propaganda social y religiosa sana y popular.

se ha trasladado a la calle Mayor, núm. 6, segundo derecha

Ayuntamiento de Madrid

OLOR DE CRISTO

LA FUERZA DE LA VIDA

Si consideramos un momento cualquier ser viviente advertimos en seguida en su organización una finura extremada que parece hecha solamente para, con'emplarla sin tocarla; mejor dicho, para que se desarrolle y cumpla su fin sin intromisión alguna extraña; el más leve contacto la profana.

No sólo es la mariposa cuyo bellísimo terciopelo queda deshecho en nuestros dedos groseros; ni la hoja de la flor que se marchita al tocarla; es la brizna de hierba que crece en el ribazo; es el menudo insecto que aplastamos al 'ocarlo...

Sin embargo vemos que vive la hierba fina abandonada en el monte; que todos los años grana el trigo sostenido por una débil paja, que azota el viento; que maduran los frutos saliendo de una flor, maravilla de delicadeza, y años y años y siglos en una continuidad de seguridad asombrosa.

¿Qué es lo que sostiene ese tejido tan tenue, qué es lo que defiende esos órganos tan frágiles y que funcionan con tanta estabilidad como si estuvieran a salvo de todo peligro, o como si fueran órganos robustos a prueba de todo contratiempo?

Los órganos esenciales de una máquina importante están en lo interior bien defendidos por chapas, planchas, paredes, rejillas... que eviten el acceso de cuerpos que puedan perturbar la marcha o deteriorar las piezas. Ved en los tubos de desagüe de los depósitos, fregaderas, etc., cómo se disponen ramos o redes que detengan las sustancias que puedan cegar los conductos y con qué frecuencia se obstruyen y tiene que acudir al técnico que desembarace los tubos y res'ablezca la circulación. Eso ocurre en las turbinas, en las que se evita el acceso de las hojas y gravas; en las calderas, que se inutilizan por el empleo de aguas impuras; en los motores de explosión, que exige gasolina bien filtrada...

Además las piezas principales se procura que sean lo más sólidas y resistentes por el uso continuo a que se les somete. Ved lo que ocurre con los seres vivientes; la flor, tan deleznable, no está encerrada en un recinto que le defienda de todo peligro; está al aire libre, agitada por los vientos, expuesta al sol ardiente, con los cambios bruscos de temperatura del día y de la noche... Parece un alarde de ensayo o prueba de resistencia.

Pero hay otro aspecto interesantísimo. Hay vivientes de poca duración; los hay de meses, de un año... los hay de muchos años y todos ellos sostienen sus órganos y todo el com-

plejo estupendo del funcionamiento orgánico durante su vida con esos órganos de estructura tenue y precaria en apariencia; aun los de vida más breve se prolongan—sin interrupción posible— en sus funciones de reproducción.

Observemos bien la fuerza de la vida. Hemos visto todos los días un rosal, una lechuga, una higuera... con su lozanía y frescura sostenida y asegurada. La vida ha ido adquiriendo nuevos materiales, los ha incorporado al ser vivo, se ha sostenido y ha crecido.

Un día vemos unas hojas caídas y al día siguiente están mustias; poco después se han transformado; el calor y la humedad las han descompuesto. Pero lo admirable es que las finas raicillas blancas se introducen y crecen en medio de esa humedad y dentro de las hojas y estiércol podrido y lejos de podrirse crecen y se multiplican y funcionan llenas de vida absorbiendo de esos elementos desorganizadores la sustancia que nutre toda la planta.

Los abonos y sustancias podridas que acumulamos a su pie no logran podrir el vegetal; la vida se manifiesta más vigorosa y es no sólo la defensa del organismo, sino el principio organizador que preserva de la desorganización y absorbe, selecciona, ordena y da vida a aquel conjunto inerte.

Mirad ese mismo vegetal cuando cesa la vida. Lo mismo que con las hojas caídas; es un fruto, un higo, una rama de la higuera. Aquella higuera quizás tenía 50, 100 años. La rama delgada y endeble se hizo como el tronco; ya lleva 100 años de vida sosteniendo un espléndido ramaje y produciendo una abundante y deliciosa cosecha todos los años. La rama que cayó al suelo ha perdido en seguida su frescura y su verdor; pronto ha sido un palo seco, roído por las orugas que lo han destruido por completo.

Parece como si todos los elementos estuvieran al acecho y se lanzasen sobre el cuerpo sin vida, sin el principio defensor, para dominarlo y destruirlo.

Contemplemos el vegetal o el animal en'ero. El espectáculo es más admirable. Cuando la planta muere sigue en el mismo punto; los hilillos de sus raíces se hunden en el mismo terreno, pero se secan y se pudren al momento.

¡Qué fuerza tan grande en tan aparente debilidad! ¡Qué grande y maravillosa es la vida!

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Mayor, 6, 2.º dcha.—Zaragoza

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

De 1 ejemplar de cada número, al año	2.º
2	3.00
3	3.75
4	4.50
5	5.00
10	10.00
15	12.50
20	15.00
25	16.50
30	18.00
50	26.00
100	45.00

Ecos del Sagrario

¡Señor!

Dejadme desahogar mi corazón.

Jamás he gozado como este año en las fiestas de vuestro Cuerpo Santísimo.

El año pasado era la alegría exaltada de veros aclamado con delirio por todas partes después de tanta ignominia.

Era un torbellino de lágrimas, de ternura, de reparación, de amargura, de vergüenza, de felicidad desbordada y arrolladora.

Por todas partes el mismo hosanna triunfador.

Este año es la consolidación y el crecimiento de vuestra soberanía y de vuestro amor.

Más concurso de fieles, ambiente más reposado, la estabilidad y la seguridad.

Hay muchas gentes que no os conocen y en ese gran día Os ven en triunfo adorado con la más profunda fe por los más poderosos de la tierra. Hay cristianos despreocupados e ingratos que apenas se acuerdan de Vos. Y en ese día Os contemplan gozosos y reverentes a vuestro paso por las calles.

Hay cristianos que os visitan y comulgan, y gozan en ese gran día de verse confundidos en esas oleadas desconocidas de adoradores.

Aun las personas piadosas sienten una emoción nueva de vuestra grandeza.

Es una sacudida espiritual que extremece a toda la Iglesia, recordándole vuestra Presencia, el Pan de la vida.

Si; necesitamos esta solemnidad para desahogar nuestro amor, para amaros y adoraros colectivamente, para sentir más vuestra grandeza y la felicidad de entregarnos más a Vos.

J. ADELAC.

Juan de la Cruz

Talleres Editoriales "El Noticiero". Zaragoza.

Para las Parroquias, Círculos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es "El Eco de la Cruz" un periódico de propaganda social y religiosa sana popular.